

Permanecer en Cristo

Señor, Haz Que Veamos....



Archbishop John C. Wester

No parece posible que la intolerancia saturada de odio haya dejado ver una vez más su fea cara en la sinagoga *Tree of Life* de Pittsburg y en un centro comercial de Jeffersontown, Kentucky. Tristemente, estos horribles asesinatos de personas judías y de la raza negra son aún más insidiosos porque ocurrieron en un lugar religioso o, como fue en el último caso de Maurice Stallard y Vickie Jones, las víctimas fueron acribilladas porque al autor de los hechos no se le permitía entrar a una iglesia donde se congregaban predominantemente personas de la raza negra. Como leemos en la breve biografía de las víctimas, se trataba de personas que, con Dios como nuestro padre, son muy parecidas a nosotros, conciudadanos y hermanos, cuya vida fue trágicamente truncada por personas presas de un odio irracional y de una animosidad inexplicable hacia los que sean diferentes a ellas. Deberíamos preguntarnos qué era lo que veían estos asesinos al otro extremo de sus armas de fuego. ¿Cómo fue que se les enturbió tanto la visión? ¿Cuándo empezaron a recorrer esa senda de actitudes adversas

y distorsión?

Tal vez nunca obtengamos la respuesta a esas preguntas, pero sin duda haríamos bien en preguntarnos a quién vemos cuando nos encontramos con personas distintas a nosotros. No sugiero que estamos en la misma situación que esos asesinos, pero nos estamos engañando si pensamos que no tenemos prejuicios y que tampoco tenemos la tendencia a sospechar de ciertas personas que encontramos en nuestra vida. Son precisamente esos prejuicios los que dificultan que obedezcamos el mandato de Cristo de amar al prójimo como a nosotros mismos. Este es el punto central de la parábola de Nuestro Señor, la del Buen Samaritano. El sacerdote y el levita, dos hombres buenos y religiosos, quienes no le prestaron atención a la víctima de ladrones y llegaron al extremo de cruzar para el otro lado del camino para evadirla. Fue el samaritano, una persona que había sido despreciada por los seguidores de Cristo, quien mostró compasión y amor verdadero por el prójimo. Los otros dos transeúntes vieron a alguien que representaba una amenaza ya fuera porque quedaría comprometida su pureza ritual si tenían contacto físico con heridas impuras o porque podrían ser involucrados en la comisión de un delito o considerados culpables de haberlo cometido, así como por obligarlos a salirse de su camino o porque el agredido pertenecía a un grupo de gente despreciable. El samaritano, no obstante, vio a otro ser humano que necesitaba ayuda. Él vio a un hijo de Dios y sintió compasión. La palabra del griego que usa Lucas para expresar "compasión" es *splagchnisomai*. Significa sentir en el sistema intestinal, donde los antiguos pensaban que radicaban el amor y la piedad. Esto es lo que Jesús quiere decir cuando nos llama a amar al prójimo, o a ver a los demás como él los ve. Somos llamados a suprimir todos nuestros filtros y prejuicios a fin de que veamos a las personas tal cual son: únicas, irrepetibles hijos de Dios a quienes Dios ama más

allá de las palabras y de que tengamos compasión de ellos profundamente dentro de nosotros mismos.

El recién canonizado San Óscar Romero, veía a las personas como Dios las ve. He oído decir que él definía la justicia social católica como el cuerpo de enseñanzas de la Iglesia que "contempla a Dios mirando a los pobres". En otras palabras, él consideraba que debemos contemplar a los demás a través de los ojos de Dios, con los ojos de Dios y a los ojos de Dios. Esto requiere fe, una fe que nos transforma la visión, desde una perspectiva prejuiciosa a otra que abarca a todas las personas que reciben el amor de Dios y que nos acompañan en la jornada hacia la unión con Dios Padre. Lo anterior describe una visión formada por la fe, avivada por la fe y guiada por la fe. Recuerdo a un famoso fotógrafo de la revista *National Geographic* a quien una vez le preguntaron qué hacía para tomar fotografías tan maravillosas. Él respondió: "La mayoría de las personas dice: 'Ver para creer. Yo digo, 'Yo veo porque creo''. Es cuando tenemos fe que empezamos a ver con los ojos de Cristo y podemos ver cosas que nunca pensamos que serían posibles en otros seres humanos.

No estoy seguro por qué a veces no somos capaces de ver a otras personas en la misma forma en que Dios las ve, como se supone que sean vistas. Tal vez sea debido a la ignorancia que juzguemos a una raza entera basándonos en una experiencia o en una percepción miope. O tal vez se deba a nuestro escaso amor propio que nos hace menospreciar a los demás de modo que nos sintamos mejor con nosotros mismos. O bien, podría ser claramente maldad como la que manifiestan los matones, los dictadores y los arrogantes. Supongo que también podría tratarse de una enfermedad mental o la combinación de cualquiera de las demás posibilidades. Pero sea cual fuere la causa, nuestra fe en Jesús tiene el poder de transformar nuestra perspectiva limitada, temerosa y exclusivista en otra más amplia, más bondadosa y más

generosa que envuelve a los demás en un estrecho abrazo que va más allá de los celos insignificantes o del odio profundamente arraigado.

Los sucesos ocurridos a finales de octubre se han unido ahora a la siempre creciente lista de otras tragedias similares en las cuales se han perdido vidas inocentes, dejándonos la tarea de lidiar con las terribles secuelas de la intolerancia sistémica y personal que conduce a la violencia. Aunque nos sintamos impotentes ante tales pesares, hay mucho que podemos hacer para frenar la ola de violencia en nuestro país. Podemos abogar para que haya intervenciones de salud mental más comprensivas, para que se aprueben leyes eficaces para la seguridad en el uso de armas de fuego, y para preparar mejor a nuestros jóvenes en materia de justicia social. Sin duda, podemos rezar para que se nos concedan soluciones a estos complicados problemas, y podemos cerciorarnos de que nuestra propia visión no esté mancillada por el prejuicio. Podemos ver a la persona indigente que esté en una esquina de la calle, no como una molestia, sino como otro ser humano que necesita compasión; podemos considerar a los inmigrantes no como "ilegales" sino como seres humanos que están luchando por encontrar un refugio seguro; podemos imaginar a los ancianos, no como una carga, sino como sabios mentores que reflejan la sabiduría de su época; y podemos encontrarnos con un extraño y considerarlo, no como una amenaza, sino como un regalo de Dios.

En un antiguo cuento judío se relata una discusión entre varios rabinos que debatían sobre la hora en que empieza el Sabbath o día santo. Uno de ellos estaba convencido de que la medianoche era la respuesta correcta. Otro tenía la certeza de que empieza al atardecer. Un tercero pensaba que el Sabbath empieza al amanecer. Finalmente, un rabino anciano y sabio se pronunció y dijo que el Sabbath empieza cuando hay suficiente luz para ver en el interior de los ojos del prójimo. Que Cristo, que es la Luz del Mundo, ilumine nuestra visión de modo que nos veamos los unos a los otros como Dios nos ve: como seres humanos únicos, adorables, creados para ser uno con Dios eternamente en el cielo. Tratemos de vernos así los unos a los otros. Se podrían evitar muchas tragedias si todos lo hiciéramos.

Sinceramente suyo en el Señor,

+ John C. Wester

Arzobispo John C. Wester

Traducción voluntaria de: Anelle Lobos

Su misericordia perdura para siempre

